

—En Francia hay un soberano poderoso. Tal vez habrá sabido que los reyes de Portugal y de Inglaterra me han buscado y que yo he desechado sus proposiciones; tal vez querrá para su nación la gloria que los otros han querido, y que yo únicamente deseaba ofrecer á España.

—Tambien él está en guerra.

—Pero el amor á la gloria hace prodigios.

—¿Y quién os dice,—añadió fray Juan Perez de Marchena, que asistia á la conversacion,—quién os dice que no hallareis tambien en Francia, ó en cualquiera otro país que elijais, lo mismos obstáculos, las mismas desventuras que habeis hallado aquí; quién os dice que, despues de emplear mucho tiempo en conquistar la proteccion del monarca, no hallareis al final un desengaño más cruel todavía que el que aquí habeis encontrado?

El prior del convento pudo conseguir de su huésped que aplazase su marcha durante algunos dias, y como deseaba para España la gloria que estaba seguro de alcanzar el ilustre marino, aprovechó aquellos dias de tregua para llevar á cabo un proyecto que habia concebido.

El mismo dia en que habian celebrado aquella conversacion buscó á Sebastian Rodriguez, piloto de Lope, y uno de los hombres más considerados de aquella comarca, y le confió la mision de llevar una carta á la reina y de hablarla en su nombre.

En aquellos momentos la reina estaba en Santa Fé, ciudad militar, que se hallaba construida en la

Vega de Granada, á consecuencia del incendio que habia sufrido el campamento real.

Sebastian Rodriguez, que era tambien uno de los admiradores de Colon, llegó hasta la tienda de su majestad obtuvo una audiencia, y puso en sus manos la carta del prior de la Rábida.

Fray Juan Perez de Marchena pedia en ella á la reina permiso para ir á hablarla en favor de Colon.

La contestacion de Isabel no pudo ser más favorable.

Manifestó al venerable anciano que le proporcionaria gran placer con aquella visita, y al mismo tiempo le encargaba que fomentase la esperanza en el corazon de su huésped, porque muy pronto podria tener ocasion de demostrarle cuánto estimaba su talento y su inmensa virtud.

La respuesta, que llegó catorce dias despues de la partida del piloto, llenó de alegría á todos los que, reunidos en el convento, deseaban que Colon no partiese.

El mismo dia en que se recibió tan benévola respuesta, el prior, sin pensar en sus años ni en sus achaques, mandó á buscar al famoso Matías Sampaño, que gracias á la posicion que ocupaba su hija habia mejorado mucho de fortuna, y no servia más que al prior, á quien profesaba una veneracion sin limites, y mandando ensillar una mula, partió con Matías á media noche, atravesó el territorio recientemente conquistado á los moros, y no tardó en lle-



gar á Santa Fé, en donde los augustos esposos dirigian el sitio de Granada, y esperaban de un momento á otro apoderarse de aquella rica joya de los árabes.

El antiguo confesor de la reina, el venerable Juan Perez de Marchena, fué recibido con el mayor cariño por la Reina Católica.

Hacia ya tanto tiempo que no se veian, y era tan grato el recuerdo que conservaba Isabel de la bondad de alma, de la inteligencia superior de su confesor, que haciéndole sentar y tratándole con el mayor agasajo y familiaridad, no le dió tiempo para que explicara el objeto de su visita, porque la primera parte de su conversacion la llenó la reina con la reseña de las victorias que habian conseguido sus ejércitos, con los proyectos que estaban realizando, y con las esperanzas que abrigaba su corazón católico.

Satisfecha porque aquella expansio abia desahogado su alma de los cuidados que continuamente pesaban sobre ella.

—Ahora, mi querido, mi venerable amigo, vais á decirme qué es lo que os ha traído hasta aquí, porque aunque el contenido de vuestra carta me lo hace presumir, grandes deben ser las causas, cuando un anciano como vos, acostumbrado á no salir de su convento, á vivir en el reposo, le han hecho abandonar estas comodidades para atravesar en una mula escarpadas sierras y venir hasta mi tienda de campaña.

—Señora,—dijo el prior de la Rábida,—muy niña aún os he conocido, y tenido la suerte de acompañar vuestro corazón hácia el bien, adonde caminaba por sí sólo.

Sé que la piedad está tan arraigada en vuestro pecho, que basta invocarla para que consuele; sé que á estas nobles cualidades unís la de un amor inmenso á la gloria de vuestros pueblos. Por todas estas causas he querido venir y decirlos: un hombre dotado de poderoso génio puede aumentar la gloria de vuestra nacion y unir un timbre más al de vuestro nombre.

—¿Aludís á Colón?

—Sí, señora. El pobre marino abriga un proyecto sublime, un proyecto de cuya realizacion no dudan los hombres versados en las ciencias, y animados al mismo tiempo de buena fé.

Ese hombre os venera, os admira, os ama, y desearia ofreceros los descubrimientos que proyecta llevar á cabo. Es verdad que le habeis acogido con benevolencia, que le habeis escuchado con afecto, que no os habeis negado por completo á favorecerle; pero lleva ya muchos años empleados en la esperanza, ha hecho costosos sacrificios, no puede esperar más, y yo, que soy su antiguo amigo, el primero que ha tenido la fortuna de conocerle en España y de prestarle apoyo, yo, que le quiero como á un hijo, y á vos, señora, que os considero como á la representacion de la Divinidad en la tierra, he querido venir á confiaros su resolucion, al parecer inquebrantable: ¡Colón vá á partir!



—¿Qué decís? —exclamó la reina, —¿no le hemos dicho que espere á que concluya la guerra, y que cuente despues con nuestra proteccion?

—Sí; pero él teme que la guerra se prolongue mucho tiempo; teme que las influencias que han contrareestado la generosidad de vuestro corazon y el de vuestro augusto esposo, contribuyan á influir en contra suya; y desesperado, viendo llegar el fin de sus dias, porque los sufrimientos matan, está resuelto á partir á Francia para pedir al rey de aquella nacion la proteccion que necesita para llevar á cabo la expedicion que ha tantos años proyecta.

—Eso no puede ser; vos, mi buen amigo, le habeis aconsejado que desista de su propósito.

—He empleado toda la influencia que ejerzo sobre él, para que pase algunos dias en mi monasterio al lado de su hijo, jóven de catorce años, que tengo en mi celda desde que llegó con su padre á España.

Sin que él lo sepa, y comprendiendo que no le permitireis nunca abandonar este suelo hospitalario, he venido á implorar vuestro favor para él y deciros: ¿Quereis tener confianza en mí? ¿Creis que los años que he estudiado han podido darme la necesaria ilustracion para apreciar en lo que valen las ideas de ese hombre? ¿Creis en el amor que os profeso, en el vehemente deseo que abrigo de que vuestro reinado pase á la posteridad como el más grande de todos cuantos ha habido y pueda haber en esta nacion? Pues si me creis, señora, si comprendeis mis deseos,

el deseo de vuestra gloria y de la de España, no le desampareis. Prestadle vuestro apoyo, facilitadle recursos para que lleve á cabo esa empresa, cuyos resultados no pueden dejar de ser en extremo ventajosos, dadle los medios para que os conquiste esa gloria, y él os lo agradecerá: la posteridad os bendecirá, vuestro nombre resonará en apartadas regiones, y será símbolo del progreso del cristianismo, y de la prosperidad de unos pueblos que hoy sin duda yacen en la barbárie.

La fé con que hablaba el prior de la Rábida, las lágrimas que la emocion hacia asomar á sus ojos, la exaltacion de que se hallaba poseido, todo contribuyó á comunicar, no ya á la inteligencia, sino al corazon de la reina, los sentimientos que abrigaba en aquel instante.

—Id, id al convento y decid á Colon que yo le exijo que no parta, que venga á la córte, que me busque, que estoy resuelta á hacer toda clase de sacrificios para premiar su constancia, para dar alas á su genio.

Ebrio de alegría, fray Juan Perez de Marchena dió las gracias á la reina y se dispuso á volver á su convento.

Isabel le suplicó que permaneciese algunos dias á su lado; pero no queriendo retardar el prior la alegría que iba á proporcionar á su huésped, y deseando que cuanto antes fuera al campamento de Granada, fray Perez de Marchena envió á García Fernandez, el famoso médico de Palos, la cantidad de veinte mil



maravedís, que la reina Isabel ofrecía á Colon para que se equipase y pudiese presentarse en la corte con el decoro debido.

El prior del convento de la Rábida se quedó al lado de la soberana, esperando por momentos la llegada de su amigo.

Este experimentó una viva alegría, porque aun que estaba resuelto á partir, era inmenso su pesar al ver que otra nacion podia ceñir á sus sienes la corona de laurel que él tejía para España.

Lleno de esperanza se puso en camino, y pocos dias despues tuvo la dicha de estrechar en sus brazos á su amigo el prior, y de hallarse delante de Granada.

Colon fué hospedado en la tienda de don Alonso de Quintanilla, contador general de Hacienda, muy amigo suyo, sobre todo en los tiempos en que disfrutaba el favor de los reyes.

Aunque á su llegada le aseguró Isabel que inmediatamente dispondria todo lo necesario para que emprendiese la expedicion, las circunstancias aplazaron todavía este suceso.

El sitio de Granada se prosiguió con gran actividad, y Colon no tuvo más remedio que aguardar el triunfo definitivo de la Santa Cruz, triunfo que veía acercarse, y que compensaba sus sufrimientos por las detenciones que experimentaba la realizacion de su empresa.

No es extraño que los últimos momentos que precedieron á la conquista de Granada llenaran de entusiasmo su corazon.

Aquella lucha parecia fabulosa, aún á los mismos que la llevaban á cabo.

Los árabes, destrozados en su mismo seno por las luchas civiles, peleaban con el denuedo que dá la fe, pero al mismo tiempo con el corazon lleno de amargura.

Los cegries y los abencerrajes, en abierta lucha, fabricaban con su odio las cadenas con que sus conquistadores debian cargar sus piés.

Boabdil el Chico, último rey de Granada, se vió obligado, no sólo á entregar las llaves de la ciudad, á rendir pleito homenaje á los reyes Católicos, á abandonar aquel eden donde habia pasado los mejores años de su vida, sino que en el momento de partir de aquel oasis veia separarse de su lado á la sultana Moraima, á la prenda querida de su corazon, para abrazar la religion cristiana.

Las causas que motivaron esta resolucion de la reina árabe, constituyen una de las más preciosas tradiciones del reino granadino, y aunque ajena á la historia de nuestro héroe, impresionó fuertemente su ánimo, y bien merece que hagamos una digresion para referirla á nuestros lectores.

*Las tradiciones granadinas*, libro bellissimo, refiere sobre poco más ó ménos en estos términos la tradicion á que aludimos, origen de las guerras intestinas de los árabes, y causa de que, al partir de Granada, tuviera Boaddil que perder á su esposa.